

UN NUEVO SENTIDO DE REALIDAD. EL DILEMA DE LO HUMANO EN LO SOCIAL

LETELIER, F. (2023)
EDICIONES UCM, PP. 96

JÉSSICA SEPÚLVEDA PIZARRO
Universidad católica de Temuco, Chile
Centro Internacional Cabo de Hornos (CHIC)
jsepulveda@uct.cl
<https://orcid.org/0000-0002-8765-9785>

Cómo citar este artículo:

Sepúlveda, J. (2023). Francisco Letelier. *Un nuevo sentido de realidad. El dilema de lo humano en lo social*. Ediciones UCM, 2023, 96 páginas. *Revista Palabra y Razón*, 24, pp. 220-223. <https://doi.org/10.29035/pyr.24.220>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Reconocimiento-No-Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional.

Lo espiritual es un campo de estudio imprescindible para las ciencias sociales, sin embargo, no ha sido parte de su objeto de estudio. Una explicación de ello es la fragmentación de lo humano y lo social en la ciencia moderna y que ha desembocado en la imposibilidad de articular la transformación externa y la transformación interna. Es decir, se ha separado la “realidad social” del observador. A partir de estas premisas, el autor de *Un nuevo sentido de realidad* plantea algunas preguntas fundamentales: ¿podemos transformar la sociedad sin transformarnos nosotros mismos? ¿Cómo se articula la lucha por la justicia social con la búsqueda de liberación interior? ¿Existe lo humano más allá de lo social?

En esta reflexión, Francisco Letelier introduce al campo de las ciencias sociales la dimensión espiritual, un orden de realidad y de conocimiento que supuestamente se mueve en otras coordenadas respecto al método científico. Podría haber desarrollado su indagación desde allí (de hecho, lo hace, de algún modo, incluyendo referencias al psicoanálisis de C. Jung y de E. Fromm), sin embargo, decide explorar lo espiritual desde una perspectiva experiencial, desde su historia de vida. Tarea compleja, toda vez que las ciencias sociales no solo han olvidado al “quién” de la realidad, sino también —en su afán de producir “ideas claras y distintas”— han reducido la realidad a lo observable. ¿Dónde queda entonces la espiritualidad? ¿Qué papel tiene esta en la transformación civilizatoria que precisamos hacer? El mismo autor habla de esta especie de esquizofrenia personal y profesional, que le ha acompañado por gran parte de su vida al habitar dos mundos paralelos: lo social y lo espiritual. De esta manera, el desafío del libro no es menor, pues la carga del dualismo metafísico de materia y espíritu, o la dialéctica de lo sagrado y lo profano, están siempre acechando.

Ante la problemática relación entre lo humano y lo social, el autor sigue un camino de indagación por diferenciación. Se plantea saber qué es lo humano y qué lo hace diferente a lo social. Es interesante las referencias al psicoanálisis de E. Fromm en la construcción de sentido de la existencia humana prefigurada, por decirlo de alguna manera, por la idea del nacimiento de la “autoconsciencia” a partir de la consciencia de separación. Es esta misma consciencia de saberse “incompleto” la que mueve la necesidad de la existencia humana de creación de vínculo, tan importante para Letelier cuando habla de la esfera comunitaria.

Utilizando referencias a autores como Margaret Archer, el ya nombrado Erich Fromm, Edgar Morin y Humberto Maturana —en un abanico de aproximaciones que van desde el psicoanálisis hasta el proceso de hominización de los últimos 15 millones de años—, distingue lo que es propio de lo humano y qué es lo social. De ello, colige la existencia de una

naturaleza humana universal, que posee una autonomía relativa de lo social, pero que le antecede. Aquí falta sumar más aristas en su reflexión, de hecho, el mismo autor está consciente que se le puede acusar de esencialista al hablar de una naturaleza humana universal, a lo cual se le agregaría, además, la crítica intercultural. Visto esto, está claro que Letelier nos asienta en un terreno complejo, pues la discusión de la naturaleza humana no deja de estar impregnada del debate entre lo universal y lo cultural. Son conocidas las críticas de las perspectivas historicistas a Mircea Eliade (destacado fenomenólogo de la religión) por su “exceso interpretativo” al hablar de la existencia de símbolos universales que se presentan en distintas culturas y épocas, tales como los símbolos del eje axial, el centro, el agua, entre otros.

En este mismo camino, el autor del libro se aproxima a la naturaleza humana a través de los arquetipos universales (en referencia a C. Jung), que representan los tres personajes de su libro: Neo de *Matrix*, el Sin Máscara de *El viaje de Chihiro* y Truman de *The Truman Show*. Todos ellos representan el camino a la “transformación interior” fundada en una religión de la mentalidad “sana” (siguiendo a William James), que “toca fondo” (palabras del psiquiatra Claudio Naranjo), y que no está capturada por los artificios de nuestra sociedad neoliberal. Es aquí donde la espiritualidad toma cuerpo en el camino de la transfiguración personal, en la *realización*.

Pero para el autor falta dar otro paso para que lo espiritual no quede confinado a lo individual: “un viaje interior que no puede ser ingenuo respecto a nuestro lugar en la sociedad, no puede caer en la trampa de creer que podemos flotar por sobre las desigualdades y las injusticias” (p. 78). Vuelve a aparecer la antinomia de lo espiritual y lo social, que los procesos de secularización de las sociedades modernas han acentuado con el tiempo. Todo proceso social (revolucionario) es secular y no religioso. Hay un acantilado que separa abruptamente ambos órdenes de la realidad. Sin embargo, la sutileza de Letelier es visibilizar aquella esfera del ámbito de las relaciones, de los vínculos de afectividad, del cuidado, de las decisiones descentralizadas autogestionadas que no operan ni con la lógica del mercado ni con la del Estado: la esfera comunitaria. Es la esfera de las microhistorias que tan bien narra la cineasta chilena Maite Alberdi y que se sustenta en los valores de la colaboración y la compartencia (sustantivo del verbo compartir, opuesto a competencia).

Es en esta esfera comunitaria que el autor visualiza que el ser humano puede desplegar sus necesidades de realización, pues propicia las condiciones para ello. Y es en este punto donde cabe preguntarse si la vida comunitaria, donde se dan las convivencias bañadas muchas veces de utopías de cambio social, es también un terreno de la espiritualidad. Es decir, si los valores propios de

lo comunitario (que no son de ninguna manera conceptos abstractos, pues están encarnados en las personas) caben solo en la categoría de los valores seculares o son también espirituales. Creo que el autor, sin a lo mejor darse cuenta, entró en un terreno delicado para la academia; me refiero a la discusión de la dialéctica de lo sagrado y lo profano.

Posiblemente, en su camino comunitario Francisco Letelier esté abriendo una esfera en la que no solo lo humano y lo social se encuentran, sino también lo espiritual. Su referencia al tiempo festivo de las comunidades, ancladas en la temporalidad del presente y a un lugar concreto, insinúa su similitud con la práctica del budismo zen. Pareciera entonces que la experiencia de tiempo y espacio en lo comunitario es el terreno donde se funden lo secular con lo espiritual, y con ello, el cambio interior con el social.